

**“Prefiero romper la ley de la iglesia que
romper el corazón de un hombre”**

Dr. Thomas von Mitschke-Collande
Múnich, abril de 2013

“Prefiero romper la ley de la iglesia que romper el corazón de un hombre”

Este era el lema pastoral de mi fallecido párroco, quien intentaba hacer honor al mensaje del evangelio en el diario cuidado de almas, teniendo que hacer frente a calumnias y denuncias frecuentes. En cierto modo, esta frase es el hilo conductor de un libro en el que se exponen las siguientes reflexiones.

La presente formulación es un resumen del libro *¿Se está disolviendo la iglesia católica? – Análisis y datos de un asesor de empresas*, que fue publicado el pasado septiembre de 2012 por la editorial Kösel. La obra no está escrita a partir de la experiencia o desde el punto de vista de un teólogo, de un canonista u otro alto funcionario eclesiástico, sino que resume la visión de un simple católico, el cual aporta sus propias ideas y competencias derivadas de una prolongada actividad como asesor empresarial y que, en su calidad de católico practicante, refleja las experiencias vividas y las observaciones constatadas en su comunidad.

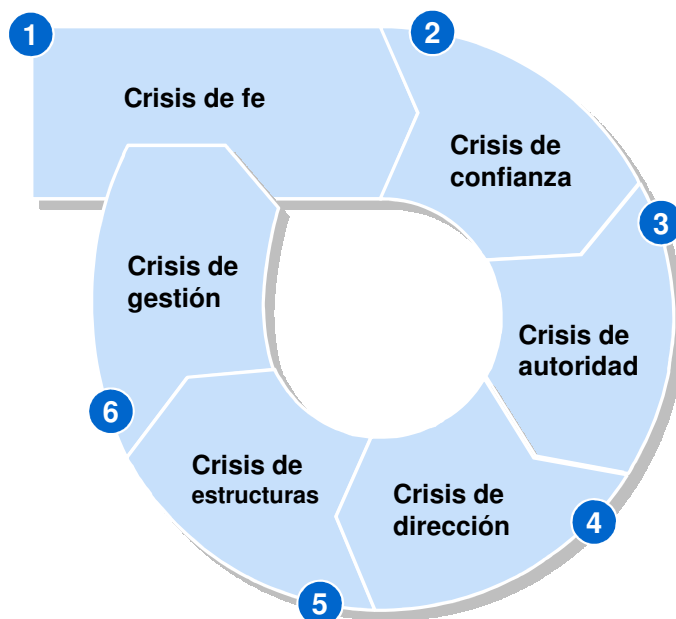
Las declaraciones vertidas en la obra no se refieren a la iglesia como un Corpus Christi místico al que pertenecen todas las personas bautizadas, sino a su manifestación real, sociológica e institucional, es decir, a la “iglesia visible”. Describe amplia y sistemáticamente la situación de la iglesia católica en Alemania aportando datos y resultados demográficos, si bien muchas conclusiones se podrían aplicar también a la iglesia del resto del mundo. La pérdida de poder de atracción y de relevancia social no es un fenómeno circunscrito a Alemania sino que, por el contrario, es aplicable a la práctica totalidad del mundo eclesiástico.

En su prólogo el cardenal Lehmann escribe por ejemplo: “El lector, que es al mismo tiempo teólogo y canonista, deberá tener coraje y paciencia para constatar crudamente algunas experiencias y no deberá recurrir precipitadamente a argumentos irrefutables. Y deberá además soportar algunas propuestas perturbadoras en toda la extensión de la palabra. Quien vaya por este camino obtendrá nuevos conocimientos de esta obra.”

Iglesia en crisis

Ante todo, me gustaría describir la situación de la iglesia de la forma más breve posible, pues ya es suficientemente conocida. La crisis eclesiástica engloba todas las dimensiones en una espiral descendente, que parte de una crisis de fe y confianza, a las que se añade una crisis de autoridad, liderazgo, estructura y gestión. Estas se alimentan mutuamente y conducen irremisiblemente hacia el fin de la tradicional iglesia del pueblo, tal como ha venido existiendo en los últimos siglos.

La crisis de la iglesia abarca todas las dimensiones en una espiral descendente



Fuente: Thomas von Mitschke-Collande

A

El Papa Benedicto XVI da la razón en sus declaraciones a los que piensan que el verdadero origen de la crisis de la fe se halla en el mundo occidental, cuando observamos que, por ejemplo (ilustración 1), sólo un tercio de los alemanes creen en la resurrección de Jesucristo, un hecho que es parte fundamental de nuestro mensaje. La crisis de la fe y la crisis de la iglesia se condicionan entre sí. Una nueva evangelización que no se refleje en las estructuras ni en los enunciados del magisterio eclesiásticos está destinada al fracaso. La credibilidad de las instituciones se ha visto mermada por el escándalo de los abusos sexuales y por su gestión, además de por otras cuestiones, pero me gustaría centrarme únicamente en tres aspectos.

La confianza básica de antaño se ha tornado en una total desconfianza respecto a la institución iglesia católica (ilustración 2). Sólo el 9 % de la población no católica confía en la iglesia, y únicamente el 34 % de los católicos, esto es, en conclusión inversa, el 90 % de la población no católica y dos tercios de los católicos desconfían de su propia iglesia.

Otro aspecto de la rápida pérdida de autoridad es el magisterio superior de la iglesia, incluso respecto a los católicos (ilustración 3). Sólo un tercio de los fieles se adhiere a la opinión del Papa, mientras que para más de la mitad de ellos esta es irrelevante.

Únicamente el 4 % de la población cree que los impulsos más importantes para conformar el futuro de nuestro país parten de la iglesia católica (ilustración 4). Esta institución secular ha dejado de ser percibida como una fuerza creadora que puede modificar la sociedad como “la sal de la tierra”.

Cuatro visiones demográficas.

También como consecuencia de muchos otros factores, casi todos los indicadores cuantitativos – en la medida en que se puede registrar la iglesia en cifras – señalan una drástica caída. Especialmente lamentable es el hecho de que en los últimos años se hayan reducido claramente tanto los índices de bautizos como los de bodas. El índice de casamientos ha caído casi del cincuenta al treinta por ciento, lo cual indica que de diez parejas de las cuales al menos un miembro es católico sólo se casan tres. El único impuesto que sube es el eclesiástico, y no sólo de forma absoluta sino per cápita (ilustración 5).

Así las cosas, la iglesia católica dispone hoy en día de 4,3 veces más recursos personales y financieros que hace 50 años. En el mismo periodo la asistencia regular a los servicios religiosos ha pasado de poco más del 50% al 12% (ilustración 6). Nuestra institución no sufre una crisis financiera sino una dramática crisis de credibilidad y gestión.

La iglesia no tenía más remedio que evolucionar

Hemos discutido temas importantes como, por ejemplo, la recepción de los sacramentos por parte de los divorciados/casados en segundas nupcias, el celibato obligatorio, el papel de la mujer, etc. Se trata de cuestiones candentes que deben ser solucionadas con urgencia. Pero en el fondo se trata de temas secundarios, pues eluden el problema principal. El cardenal Kasper los describe con razón como interioridades. “No nos damos cuenta de que el entramado de la iglesia arde en llamas.”

El Papa Benedicto aludió justificadamente en su discurso de Friburgo al hecho de que las dos grandes iglesias ya no ofrecen respuesta alguna a muchas personas que buscan ayuda. No tenemos un problema de demanda, sino básicamente un problema de oferta para el hombre del S.XXI.

En gran parte, la crisis la hemos creado nosotros mismos. En realidad, la iglesia estaba obligada a evolucionar.

Ambas observaciones son intencionadamente provocativas y su formulación ha sido llevada al límite, pues su intención es combatir la resignación, el derrotismo, la pasividad y el desamparo, tal como ya puso de relieve Juan XXIII en su discurso de apertura del concilio hace 50 años.

A mi juicio, no tenemos un problema de reconocimiento, sino de aceptación y de acción. Se trata de un problema de negar la realidad y el tiempo presente, pues amplios sectores de la iglesia oficial están orientados hacia el pasado y poseen los típicos mecanismos de rechazo. A saber: quien debe cambiar en lo básico es el hombre y no la iglesia. Nos lamentamos de que el hombre actual se haya apartado de la fe y que él es el culpable de la decadencia de la iglesia. Obviamente, las relaciones con la fe y las actitudes religiosas han cambiado y nuestra obligación es adaptarnos a estos cambios y reaccionar ante ellos. Al hombre actual, a la mayor parte de quienes se han apartado de la fe y de la iglesia, y sobre todo a los que no pertenecen a la culta clase media, se le debe hablar aquí y ahora en

su propio lenguaje y contestar sus acuciantes preguntas conforme a los textos de los Evangelios, tal como hizo Jesús y como ha hecho siempre la iglesia en diversas épocas históricas. Simplemente, muchas doctrinas religiosas han dejado de ser relevantes para una gran mayoría de la población, pero a pesar de ello no se atiende a sus ruegos actuales de acuerdo con el mensaje de amor y misericordia predicado en los Evangelios.

La nueva evangelización fracasará si se sigue trabajando con recetas, métodos, imágenes y doctrinas que tuvieron éxito en el pasado, por mucho que se los engalane con un envoltorio moderno, como intenta 'youcat' con gran éxito. Aquellos antiguos métodos no son adecuados para el futuro. ¿Dónde están por ejemplo las nuevas e innovadoras formas de proclamar nuestro mensaje? Hasta cierto punto, la crisis de la fe y de la iglesia se condicionan mutuamente, y por ello deben abordarse al mismo tiempo.

La iglesia compete actualmente con otras organizaciones importantes en el sector



Papa Benedicto XVI, Friburgo 24.09.2011, discurso ante el ZDK

Fuente: Thomas von Mitschke-Collande

B

Si se observa la situación global de manera simplista, se puede apreciar que el individuo busca la espiritualidad sin cesar, y aspira a una dependencia retrospectiva de carácter espiritual (*religio*). A ello se añade la búsqueda de orientación en un mundo en que ya no parecen tener valor los ancestrales principios de la fe y del conocimiento. También la ciencia plantea preguntas, como las relacionadas con el principio y el final de la vida, que no puede contestar: ¿qué es correcto?, ¿qué es incorrecto?, ¿qué es justificable? Somos la primera generación que saquea nuestro planeta azul y lo deja con menos recursos que la anterior. Consumimos más de lo que puede dar la tierra, destruyendo así la base vital de nuestros nietos. En este aspecto, sería necesaria una clara orientación por parte de la iglesia católica: algo así como una teología creacionista o una doctrina sobre recursos católicas análogas a la doctrina social.

Y finalmente el anhelo de comunidad. El individuo que busca respuestas, "el ser humano" se topa con una compleja "oferta religiosa": iglesias libres, estimulantes organizaciones asiáticas u "ofertas de bienestar" espiritual sin imágenes ni símbolos distintivos. No obstante, la iglesia católica, por mor de su apocamiento, está dejando pasar esta oportunidad. Parece más ocupada en sí misma, en sus crisis de identidad, en sus problemas personales y financieros, lastrada por sus angustias y anquilosamientos. Ha perdido su autoconciencia misionera. Al Papa Benedicto hay que darle toda la razón cuando se queja en su discurso de Friburgo ante el ZdK de que la iglesia establecida con sus tradicionales estructuras ha dejado de estar en contacto con muchos fieles que buscan ayuda.

¿Cómo debe reaccionar la iglesia ante este fenómeno de crisis? Se pueden plantear varias opciones. En primer lugar, la iglesia debe evitar caer en la tentación de resignarse, de querer dejar las cosas como están y de confiar en Dios y orar conforme a aquel viejo principio: nunca se podrán franquear las puertas del Infierno. También debe resistir las tentaciones de la automarginación, de volver al medio católico, de aceptar su propio encogimiento como

ineludible y ante al acoso adoptar una mentalidad de pequeño rebaño aislado del mundo exterior, materializando su aspiración de ser la “sal de la tierra”. Asimismo, debe resistir la tentación de la autosecularización y adaptarse al espíritu de los tiempos a fin de modernizarse y aspirar a acortar lo máximo posible el distanciamiento existente entre las ideas sociales y sus propios posicionamientos; de esa forma, la institución se reduciría a un servicio espiritual general, con lo que se desmoronaría rápidamente su arbitrariedad y se diluiría su perfil católico.

Pese a todas las críticas relativas a las actuaciones e imagen de la iglesia, en Alemania existe una vida comunitaria católica alentadora, polifacética y activa, así como multitud de iniciativas que insuflan vida a la estructura eclesiástica local. Las jornadas católicas reciben una gran afluencia y las peregrinaciones y romerías continúan celebrándose. El voluntariado de la iglesia goza de una buena reputación y estima social. También las tareas eclesiásticas en el ámbito social, educativo y caritativo disfrutan de gran reconocimiento. Sucintamente, se pueden enumerar las siguientes áreas de actividad:

- Gran red social en Alemania
- 6 millones de fieles organizados en asociaciones/clubes católicos
- Elevada presencia en todo el país con posibilidad de acceso a los sectores menos favorecidos según los tradicionales “sectores de población”, también para miembros inactivos
- Alto aprecio y estima continuados de las actividades locales de la iglesia (al contrario de la institución como tal), se valora sobre todo el compromiso social (p.ej. Caritas)
- Sobredemanda de guarderías y escuelas católicas
- Alta capacidad de movilización (aprox. 3 millones de visitas dominicales, aprox. 10-12 millones en Navidad, 1 millón en la Jornada Mundial de la Juventud, 160.000 el día 2 de octubre)
- Personificación en la figura del Papa
- Carisma espiritual elevado invariable
- Esencia de marca atractiva

Como institución, la iglesia posee un “reconocimiento de marca” único y una calidad de oferta sin parangón. La iglesia vincula la unidad de la doctrina católica con la multitud de tradiciones de la fe y los ritos locales existentes en todo el orbe. Se dirige a “todos los niveles” de la persona, tanto a su intelectualidad como a su sensibilidad emocional y a sus necesidades sociales. Gracias a los Evangelios la iglesia dispone de un mensaje altamente atractivo y siempre actual, que presenta contenidos y conceptos de valores de validez atemporal pero que siempre deben reinterpretarse. En efecto, tan sólidos fundamentos permiten construir un edificio prácticamente inexpugnable.

Una empresa en situación comparable determinaría su posicionamiento de forma global y abierta y los resultados obtenidos darían paso a las correspondientes acciones. En la iglesia, sin embargo, por el momento esto no se está haciendo. Una institución que experimenta una disminución en el número de afiliados y pierde significado a marchas forzadas ya está perdida. El camino que debe emprenderse es el modelo de una iglesia misionera abierta que no se aparte de la sociedad sino que se conciba a sí misma como parte de la misma y que se ocupe de dar respuesta a las preguntas de los hombres, tal como son aquí y ahora, de acuerdo con los Evangelios, aun cuando estas puedan incomodarla. Se precisan grandes esfuerzos para emprender este camino. La divisa fundamental es actuar en lugar de sentarse a esperar o retirarse.

El camino para salir de la crisis

La crisis puede ser el Kairos, es decir, el momento oportuno para tomar decisiones y emprender una evolución positiva. Los tiempos de crisis conllevan también un potencial para el futuro, pues son épocas de purificación y aclaración de ideas. No obstante, muchos altos cargos se aferran a las estructuras tradicionales arguyendo que están defendiendo los valores esenciales y los principios de fe fundamentales.

La tradición es un proceso que se desarrolla de forma dinámica

La palabra “tradición” deriva del término en latín “tradere” (llevar, transportar al otro lado). Por consiguiente, “tradición” no significa aferrarse obstinadamente a lo tradicional ni mirar hacia atrás, sino más bien poner a prueba

continuamente la contemporaneidad de los conocimientos y estructuras del pasado y adaptarlas a los nuevos retos sobre la base del Evangelio, pues sólo de esta manera puede una institución impermeabilizarse del exterior y prepararse para el futuro. La iglesia solo podrá controlar exitosamente la transmisión del Evangelio en el mundo actual y futuro cuando deje de actuar únicamente en base a los instrumentos y circunstancias estructurales del pasado. Debe pasar de ser una iglesia inmovilista a ser de nuevo una iglesia activa. El pueblo de Dios es llamado al peregrinaje. El Papa del Concilio Juan XXIII tocó el punto clave: “La tradición no es la adoración de las cenizas, sino la transmisión del fuego.” El teólogo protestante y mártir de la fe del Tercer Reich, Dietrich Bonhoeffer, reprochó a ambas iglesias ya en 1944 que se centraran en la protección de sus privilegios, que giraran en torno a sí mismas y que con ello debilitaran su mensaje. Sólo si conseguían salir vencedoras de la crisis como iglesias que se caracterizaran por lo profundo de su espiritualidad y la radicalidad de sus servicios, tendrían alguna oportunidad.

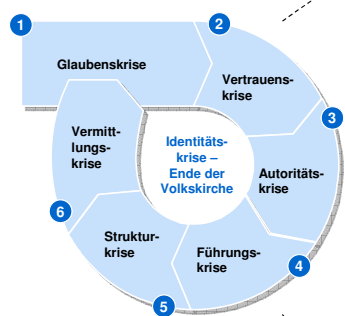
La iglesia como el pueblo peregrino de Dios a través del tiempo es la imagen central del Concilio Vaticano II. Es hora de que sigamos peregrinando. Una mujer lo expresó de esta manera en un momento de recomposición de la cátedra episcopal: “Señor Obispo, nosotros ya nos hemos puesto en camino. Si le apetece, puede acompañarnos. Nosotros seguiremos avanzando en cualquier caso.” Una iglesia peregrina precisa sensibilidad y sentido de la oportunidad, no sólo para aquellos que le son más afines o que, cuando menos, tienen una buena disposición hacia la institución, sino sobre todo para los que buscan consuelo, los que esperan respuestas y los que están distantes. Si la iglesia oficial reacciona ante el progreso de la forma retrógrada acostumbrada, es decir, con una demostración de poder y emitiendo decretos ante la pérdida de poder, se desaprovechará una inmejorable oportunidad y sobre todo se ahuyentará a aquellos cristianos religiosos, amigables y postmodernos aprovechables para la causa.

Se puede considerar la realización de muchas actividades pero incluso en quienes desean que la iglesia progrese se detecta un desconcierto de carácter depresivo. Se puede percibir diáfano que algo se está acabando o que ya se ha acabado, pero no se sabe a ciencia cierta lo que sucederá a continuación. Necesitamos una visión liberadora que contemple una iglesia radiante y atractiva orientada al futuro. Confieso honestamente que yo tampoco sé cómo debería ser concretamente dicha visión. No proclamo poseer ninguna receta mágica para el problema mencionado, no la posee nadie. A pesar de ello, en las siguientes líneas me gustaría intentar exponer los elementos esenciales que permitan visualizar una iglesia futura más humana, feliz y floreciente.






¿Cuáles son pues las directrices a seguir sin aspirar a ser exhaustivo?

5 Pilares para superar la crisis de la iglesia

La crisis...



... y su superación

- A**  Autognosis distinta
- B**  Superación del mutismo
- C**  Nueva cultura de cooperación
- D**  Recordar a los creyentes sus obligaciones
- E**  Coraje para innovar/emprender nuevos caminos

Fuente: Thomas von Mitschke-Collande

C

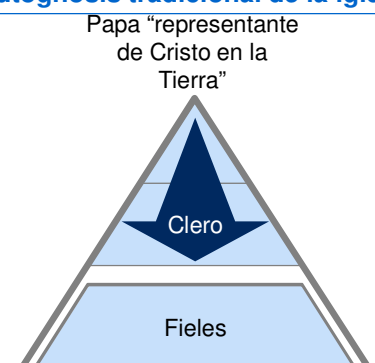
Desarrollar una nueva autoconciencia

La iglesia precisa adquirir una nueva autoconciencia mediante una renovación mental y espiritual que parta de su interior, además de servir con una autoconsciente humildad. La imagen tradicional de la iglesia católica es una pirámide, en cuya cúspide está el Papa, como representante de Cristo en la Tierra, después los obispos, los sacerdotes y debajo de todo los fieles laicos. Se trata de un modelo de iglesia instructora dominante estructurado en jerarquías con clara subordinación y separación entre el clero y los fieles. Produce la impresión de dominantes y dominados, es decir, los que están arriba y los que están abajo, con lo que se genera la sensación de que los que están más arriba tienen un mayor valor a los ojos de Dios al estar más cerca de Él. Las decisiones parecen que deban tomarse de arriba a abajo.

**Se precisa un cambio de paradigma:
La pirámide jerárquica de la iglesia debe invertirse**

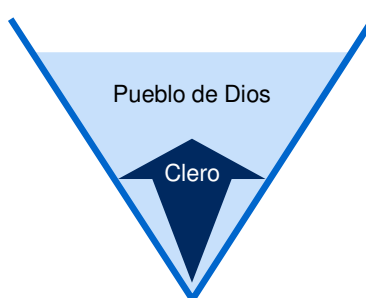


Autognosis tradicional de la iglesia



**Una iglesia que recrimina,
exige obediencia y educa**

Nueva autognosis de la iglesia



**Una iglesia que sirve,
escucha ayuda y aprende**

“una iglesia sin vocación de servir deja de ser útil”

Fuente: Thomas von Mitschke-Collande

D

A fin de cambiar esta mentalidad, a esta pirámide debe dársele la vuelta. Arriba debería estar el pueblo de Dios caminando hacia el final de los tiempos, conducida y liderada por el Papa, el servidor de Dios – otro de sus títulos –, y por el clero. Y sobre sus hombros debe descansar todo el peso de la iglesia, igual que el que cargó Jesucristo. Este cambio de paradigma visual no sería un esbozo de iglesia construido desde las bases, ni implicaría que la toma de decisiones recayera por completo en los fieles, ni tampoco la total democratización de nuestra institución, sino la impresión óptica de una nueva autoconciencia: una iglesia que aprenda, ayude, escuche y sirva al pueblo. El clero ya posee en la actualidad un carácter claramente instrumental. En ocasiones, las imágenes son más expresivas que las palabras. Este podría ser el cuadro. Teológicamente, se puede objetar que todo parte de Cristo y que todo está orientado a Él. No obstante, la pirámide invertida también podría expresar gráficamente que todo se basa en Él, que Él es la raíz y la fuente a partir de la cual crece Su iglesia. Y ello significa: Tú eres Pedro, la roca *sobre la cual*, y no *bajo la cual*, yo edifico mi iglesia.

¿Acaso el en nuestros días creciente poder de atracción del Evangelio no se basa en el precepto de que Jesús se creó para servir a los hombres y no para dominarlos ni para ser servido por estos? ¿Y acaso no es este el modelo en el que debe basarse toda acción de la iglesia en lugar de en los rígidos principios del derecho canónico?

Este concepto de iglesia parece dividir al episcopado norteamericano. A modo de ejemplo, cito aquí un pasaje del discurso del arzobispo Weakland del año 1997: “Todos los críticos europeos desean un modelo jerárquico de la iglesia a gran escala, en el que los fieles sean instruidos por los obispos que poseen el don del Espíritu Santo para la transmisión de una doctrina fidedigna. Los obispos estadounidenses creen en un modelo de iglesia en el que el Espíritu Santo habita en todos los sectores de la iglesia y además creen que la iglesia debe escuchar lo que el Espíritu Santo dice a toda la comunidad.” Y los obispos estadounidenses también pertenecen a la iglesia católica.

La iglesia (ilustración 7) debe *regirse por los Evangelios* para ser auténtica. Casi podríamos afirmar provocativamente que en nuestra Constitución se puede detectar más el espíritu del Evangelio que en algunos pasajes del derecho canónico. Me gustaría citar de nuevo un extracto del sermón del arzobispo Schick pronunciado con motivo del Domingo de Palma de 2010: “Necesitamos menos a la institución de la iglesia y más a Jesucristo.” La renovación de la iglesia sólo puede tener éxito mediante una orientación más sólida y consecuente hacia Jesucristo y a sus Evangelios, tal como el Papa Benedicto reclamaba reiteradamente con razón. Y en palabras del teólogo alemán Eugen Bieser: “El Evangelio es la declaración de amor que Dios hizo a los hombres.” Una reforma de las estructuras, procesos y doctrinas religiosas que no tuviera en cuenta esta orientación sería una acción estéril e insensata que carecería de profundidad y orientación. Pero, obviamente, lo contrario tampoco es deseable: una renovación espiritual y clerical sin consecuencias concretas que se reflejen en las estructuras y las normas del derecho canónico no sería más que un espiritualismo volátil y ajeno al mundo que se evaporaría con idéntica rapidez y nos conduciría a otro estancamiento de las reformas, el cual sería tan perjudicial para la vida eclesial como el mildiu para las plantas. Así pues, necesitamos ambas cosas: "renovación espiritual y reformas eclesiales concretas".

Algunos cardenales, obispos y prelados deben reflexionar y tomar una decisión respecto a sus estilos de vida y comportamientos: elegir ser una especie de ministros o empresarios o bien dignos sucesores del predicador errante de Palestina. Con demasiada frecuencia se predica beber agua pero se bebe vino. Es cierto que se aboga con elocuencia por el postulado del servicio religioso con autoconsciente humildad y por la unidad apostólica, así como por la radical defensa de los más pobres y perjudicados de nuestra sociedad, pero con frecuencia las palabras no van seguidas de los correspondientes actos. Las proclamas lanzadas no suelen ir de la mano de la realidad vivida.

En la constitución pastoral del Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, se habla explícitamente de la renuncia a los privilegios. La iglesia sería una digna heredera de Jesucristo si fuera una iglesia de los pobres. La iglesia debe volver a centrar su mirada en la simplicidad apostólica, extrayendo su fuerza únicamente de Jesucristo y de los Evangelios, y no de las riquezas o del poder político y económico. Si se sigue la huella de Jesús, deberá abandonar más bien todos los rasgos feudales, señoriales y cortesanos tanto en cuanto se refiere a su aspecto externo como en su mentalidad y estilo. En consecuencia, resulta coherente que Pablo VI regalara la tiara, el símbolo del poder papal, en noviembre de 1964, en el inicio del tercer año del Concilio Vaticano, a beneficio de los pobres.

En el ya varias veces citado discurso de Friburgo, el mencionado Papa señaló que una iglesia liberada de las cargas y privilegios materiales y políticos podría dedicarse mucho mejor, y de una manera verdaderamente cristiana, a todo el mundo, pues sería una institución más abierta y por ello más regida conforme a los Evangelios. Sin embargo, a decir de algunos creyentes, esta simplicidad apostólica justificadamente solicitada parece tener difícil conciliación con la percepción de la actuación y conducta de algunos sectores de los altos cargos eclesiales, que siguen siendo partidarios de las estructuras absolutistas y de mantener la pompa y magnificencia del S.XVIII.

Quien reduce su servicio a la iglesia a su relación personal con Dios es que ha olvidado la segunda viga de la cruz, la transversal. La institución de la iglesia debe actuar en la sociedad. El repliegue unilateral hacia los “asuntos esenciales” con celebraciones eucarísticas y la nueva evangelización socava el efecto positivo que la iglesia tiene en la sociedad. La preocupación por el “cuerpo” y el “cuidado de las almas” son dos caras de la misma moneda. El compromiso social y la liturgia no deben obstaculizarse entre sí. El compromiso social, las obras de Caritas y las instituciones benéficas son las características y los pilares de su credibilidad ante la sociedad.

La iglesia debe volverse *más católica*, y menos romana; abarcar más y llegar a todo el mundo, tal como había hecho con éxito en el primer milenio. Este concepto da cabida a la aceptación de la extensa variedad de ejecuciones de fe y formas litúrgicas, tal como expresa la siguiente sentencia del Papa Benedicto: hay tantos caminos que llevan a Dios como hombres existen. La unidad no debe confundirse con la uniformidad sino fomentar la multiplicidad, siempre que se base en el mismo fundamento de fe y parta del mismo “*depositum fidei*”.

El catolicismo implica “unidad en la diversidad“. Esta tensión inherente es el principio vital y de desarrollo de la iglesia católica. En este aspecto, conviene encontrar un equilibrio. La unidad no puede confundirse con uniformidad. Se debe indagar de manera consecuente, partiendo de los Evangelios, cuál es el núcleo verdadero de la fe católica y cuáles son las verdades y mandamientos realmente necesarios para la salvación. Y dicha unidad deberá defenderse de forma coherente.

En todos los demás aspectos, la diversidad, es decir, las respuestas a unas circunstancias sociales y culturales especiales de cada momento que se han formulado en las diferentes zonas del mundo, debe fomentarse con mucha

serenidad y confianza en Dios. Si se acepta esta heterogeneidad presente en todos los lugares del mundo como voluntad del Señor y se le da una respuesta a medida sin abandonar la base de la unidad, se conseguirá cumplir las diversas expectativas. El factor decisivo será definir el contenido conceptual de “unidad” no de manera expansiva sino lo más restrictiva posible.

A tal fin, se precisa entablar un intenso diálogo entre las diferentes partes implicadas. Este diálogo implica en primer lugar escuchar lo que el Espíritu Santo le dice a la iglesia y a todos sus miembros en todas las partes del mundo; diálogo dentro de la iglesia, con otras confesiones y religiones, diálogo con la sociedad y el mundo moderno; y a partir de él dar forma a la diversidad con gran soberanía en lugar de reprimirla temerosamente. Conviene recordar que no debe confundirse la unidad con la uniformidad – o recordando las palabras de Juan XXIII: “Unidad *sólo en lo necesario*, en el resto y ante la duda la libertad, y en todos el amor“. Diversidad (– católica –), no unidad (– romana –) debe ser el axioma que guíe la acción.

El actual concepto de gestión institucional debe investigar sin miramientos hasta qué punto estos requisitos se corresponden con el papel de la iglesia mundial como actor global. Su fracaso parcial se ha hecho demasiado patente en los últimos meses y años. No se precisa una autoridad central que acumula un exceso de poder, la cual ya no está a la altura de sus propias exigencias y se muestra estructuralmente desbordada ante la complejidad de la iglesia mundial actual. Su gestión debe reducirse drásticamente y transformarse en una suerte de gobierno fuerte adoptando la forma de un gabinete al mando del cual esté un “Primer Ministro” como cabeza visible. Según el principio de subsidiariedad, precisamos de una descentralización radical. Deben reforzarse las iglesias locales y las conferencias de obispos regionales, pues estas instituciones pueden juzgar mejor cuál es la respuesta correcta en su situación específica y estas son responsables de la misma. Los problemas y las soluciones a estos son diferentes en África que en Asia o en Europa. La relación de la iglesia local con la iglesia global debe reequilibrarse. Necesitamos una estructura federal con un liderazgo reducido pero que posea capacidad de acción, acompañado siempre por un pequeño gremio – una especie de cámara regional – con representantes de cada una de los sectores de la iglesia mundial. Se necesita más responsabilidad y solidaridad colectiva real así como más participación de la iglesia mundial. Esta es la diversidad católica deseada y haría más efectivo al Papado.

La iglesia está para servir a los hombres y no al revés. Esta institución debe aprender a gestionar los fracasos y los dramas vitales y practicar una pastoral de la misericordia que ofrezca la oportunidad de un nuevo comienzo y de reconciliación. Todos los actos de la iglesia deben orientarse al servicio del hombre. Como decía mi párroco antecesor ya fallecido: “Prefiero romper la ley de la iglesia que el corazón de un hombre.”

La iglesia debe por tanto volverse **más humana** – no más clerical ni dogmática – y aceptar al hombre actual tal como es. Por ejemplo, el cardenal Martini demanda en su última entrevista un tratamiento diferente de las familias reconstituidas “si no queremos perder a los hijos de la siguiente generación.” Nuestra institución debe hablar menos de prohibiciones y hacer menos discursos moralizantes, y en su lugar hablar más de la alegría de vivir, de los potenciales, de lo alegre y lo positivo.

Martini describía en ese mismo discurso el recibimiento de la comunión no como un instrumento disciplinante sino como una oferta de conocimiento autoconsciente de la iglesia, para Dios no hay nada imposible.

La iglesia es cada vez menos percibida por los creyentes como una institución de misericordia y más como un organismo regido por normas destinadas a un estilo de vida privado y por ende como poco amable e irrelevante. Ha dejado de ser tomada en serio y se pasan por alto sus mandamientos. Ello no significa, con todo, abogar por la arbitrariedad y por el todo vale. También la vida según el Evangelio tiene su precio y nada sale gratis.

El teólogo alemán Eugen Bieser lo formuló claramente: “La iglesia debe esforzarse por abandonar su imagen en exceso moralizante, ya que sólo de esa manera podrá conseguir una nueva profundidad espiritual y propagar la solidaridad predicada en el Evangelio. Debe liberar de nuevo esa fuerza terapéutica y así convertirse verdaderamente en la sucesora de Jesús, “nuestro Redentor”, y volver a ser una iglesia completamente sanadora para los hombres.

Superar el mutismo

La iglesia debe superar el silencio y el mutismo (ilustración 8) y hablar al pueblo, sobre todo aquel con menos recursos para la educación en su día a día, en su propio lenguaje. Comprender la realidad social, tal como es, y dar respuestas a las vicisitudes de la vida en el aquí y el ahora conforme a lo dictado en los Evangelios, aun cuando estas respuestas suelen resultar incómodas. Y para expresarlo con las palabras del teólogo Eugen Bieser: “La

iglesia responde con demasiada frecuencia a preguntas que nadie se formula y en cambio a aquellas preguntas que sí se plantea el hombre de la calle esta no ofrece ninguna respuesta.” La iglesia dispone de buenos mensajes aún actuales gracias a los Evangelios; contiene rituales familiares, muchas caras conocidas y está presente en todo el mundo con el Papa a la cabeza, pero estos textos no son usados lo suficiente, puesto que en muchos documentos y sermones no se habla el lenguaje de hoy en día, sino con una jerga interna que un devoto de a pie debe hacer grandes esfuerzos por entender.

Nueva cultura de convivencia: el diálogo

La iglesia precisa de una nueva cultura de convivencia (ilustración 9), en la que el clero y los fieles estén a la misma altura y se comuniquen entre sí como interlocutores de igual rango.

La gestión eclesial debe caracterizarse por la comprensión, el respeto, la camaradería, la solidaridad y el amor, si desea aprovechar todas las oportunidades y potencial que le son inherentes. Por ello, “la verdad absoluta tal como se define tradicionalmente por uno u otro lado no es expresada por la última palabra, sino por el amor” (Paulus, 1. Corintios). En el seno de la iglesia, se está equiparando en estos momentos la libre expresión de la opinión con la vulneración del principio de obediencia. Y ese es sobre todo el rasgo distintivo de las sectas y organizaciones similares que consideran cualquier expresión crítica como una traición, como tirar piedras contra tu propio tejado, y como señal de debilidad de la posición propia. Las empresas de éxito hace tiempo que dejaron de aplicar esta actitud, por lo que para la institución de la iglesia tampoco debería ser válido. La obediencia sin posibilidad de expresar la propia y sincera opinión entraña el peligro de llevar a la uniformidad, a una unidad sin diversidad, profundidad ni aceptación. Por otro lado, sin embargo, la libertad de expresión debe visualizar todo el panorama de la unidad en la diversidad y no ser ofensiva. Las discusiones y conflictos internos de la iglesia no deberían ser entendidos como ataques, sino como acciones del Espíritu Santo. Para alcanzar la verdad, la iglesia debe reclamar la obligación de protesta leal. El amor y la obediencia al Papa y a la iglesia son compatibles con la crítica leal, es más, el amor verdadero hacia estas instituciones exige precisamente ejercer una crítica leal siempre que se considere oportuna.

Recordar a los creyentes sus obligaciones

La iglesia debe reclamar la intervención del testimonio de la fe y sobre todo la participación de las élites católicas (ilustración 10).

El futuro de la iglesia no dependerá tanto de la iglesia oficial de Roma o del Papa, ni de los obispos o clérigos, sino ante todo de las activas y crecientes comunidades locales, que son especialmente regidas por los testimonios apostólicos de los fieles laicos y por los clérigos comprometidos. Estas personas van a decidir si la iglesia tendrá futuro o va a convertirse en una secta clerical y a automarginarse socialmente. La supervivencia y el nuevo comienzo nacerán en las capas más bajas, en las comunidades, en la misma base de la pirámide, del pueblo llano de Dios.

En la inauguración de la Asamblea Diocesana de Roma el Papa Benedicto aludió significativamente a un entendimiento diferente del rol de los fieles laicos como verdaderos actores corresponsables del futuro de la iglesia. Pero las participaciones de los laicos también deben ser voluntarias. La creciente clericalización tal como se ha observado en los últimos años, debe contrarrestarse de forma consecuente.

De su grado de compromiso y testimonio dependerá hasta qué punto se consigue detener el proceso de deterioro y que este no se traspase a la siguiente generación. A ello contribuirá también activar completamente el inagotable potencial del voluntariado, creando las condiciones necesarias para tal fin. Las relaciones entre la feligresía y el clero, y por tanto con las concentraciones de sacerdotes, deben ser objeto de reflexión. Ante todo, la nueva orientación debe encaminarse hacia la autocomprensión y la colaboración. Quien colabora debería hacer también su contribución. Las personas carismáticas y auténticamente apasionadas no abundan. No necesitamos una iglesia de espectadores tradicional, sino una iglesia participativa con convencimiento. No preguntes lo que la iglesia ha hecho por ti sino qué has hecho tú por la iglesia. Esto significa también que nosotros los feligreses debemos cambiar nuestro modo de pensar y olvidarnos del conservadurismo estructural y de la exigencia de asistencia clerical total.

Coraje para innovar y emprender nuevos caminos

La iglesia debe estar preparada para emprender nuevos caminos, tener coraje para innovar, y confiando en el Espíritu Santo, tal como hicieron Abraham y Moisés, descubrir nuevas y desconocidas tierras (ilustración 11).

Estuvimos demasiado tiempo encallados por negar la realidad y mirar al pasado. No se abordaron muchas acciones necesarias por miedo y falta de confianza en Dios. ¿Dónde está el coraje de Juan XXIII, cuando abrió las ventanas de la iglesia para dejar entrar el mundo moderno? Él no sabía lo que le iba a traer el viento pero confió en el Espíritu Santo y esta confianza es la que falta en gran parte del clero.

La prioridad fundamental de todas las actividades debe ser dirigirse a ese entre 80 y 90 % de fieles distantes de la iglesia. Actualmente, aproximadamente el 80 % de los recursos eclesiásticos se emplean en las tareas realizadas por entre el 20 y el 25 % de los católicos. En este punto se precisa una radical reestructuración y reorientación. Es necesario dirigirse a las capas sociales baja y media con menos instrucción en su propio lenguaje y a través de sus medios. Esto implica que, cuando sea necesario, también hay que considerar la prensa sensacionalista como una plataforma de comunicación. El obispo emérito de Erfurt (Alemania), Sr. Wanke, y el obispo auxiliar, Sr. Hauke, han sido ejemplares precursores con sus conceptos pastorales de fácil comprensión en Erfurt. Otro punto de partida sería aprovechar plenamente las posibilidades y potenciales de los nuevos sistemas de comunicación digitales y virtuales, los medios sociales. Plantearse el uso de Internet no solamente como una plataforma de información unilateral – como suele ser el caso más extendido hoy en día –, sino como una posibilidad de diálogo intencionada y selectiva.

Emprender nuevos caminos no sólo significa reestructurar los espacios y áreas pastorales, sino también rediseñar el mapa del catolicismo globalmente con una red de centros espirituales y eclesiásticos y erigir nuevos faros de la fe.

Finalmente, los nuevos caminos también son necesarios para aprender y poner en práctica formas de obediencia leal a la iglesia y para aceptar a los creyentes comprometidos como forma de expresión. Muchos clérigos actúan ya hoy de forma diferente a la dictada por la estricta doctrina que se les imparte, ya sea en los actos litúrgicos, administrando la comunión de bñubos, en las nuevas uniones de divorciados u otros cristianos o bien en el cuidado individual de las almas, haciendo recomendaciones que no comulgan con el dogma oficial pero que sí coinciden con los mandamientos del Evangelio y con el humanitarismo. Estos clérigos contradicen cada vez más abiertamente el gobierno eclesiástico; en Austria, por ejemplo, más de un 10 % de los párrocos se han unido en una iniciativa que enarbola el provocativo lema “llamamiento a la desobediencia”. Similares movimientos crecientes en número se están creando en Alemania. Y cuando se afirma que ello no es más que una representación egoísta de los propios intereses, se está subestimando la total seriedad de la propuesta y distorsionando la realidad. Las organizaciones de fieles laicos individuales y los representantes de la feligresía se posicionan abiertamente y cada vez en mayor número contra su dirección eclesiástica local, aunque en este punto no se debe ignorar la consideración y respeto profesado hacia las dependencias.

Con todo, las formas de desobediencia engloban cada vez más también los creyentes de a pie no organizados, ya sea en forma de ocupación de las iglesias o bien en acciones públicas. “¿Cuándo saldrán los católicos por fin a la calle?”, fue el titular de grandes dimensiones que apareció en un periódico alemán. En febrero de 2012, más de 30.000 católicos entrelazaron sus manos en corro ante 150 iglesias del obispado de Augsburgo para expresar que la iglesia debía quedarse en el pueblo. A una manifestación en la plaza de la iglesia acudieron varios miles de católicos a fin de manifestar su unión. Asimismo, el obispo hizo cerrar con llave la iglesia durante la manifestación, otro acto de clara fuerza simbólica.

Detrás de todas las protestas antes expuestas existen hombres para quienes el futuro de la iglesia resulta de primordial importancia y que por amor a sus hijos no desean seguir callados y aguantándolo todo. Desean hacer saber al público que no rehúyen la resistencia común a fin de que algo se mueva, apostando así por la fuerza de la oración, por el poder de la confianza y el poder del Espíritu Santo. ¿Acaso no fueron en sus inicios algunos santos calificados también como marginados, desobedientes o herejes?

Perspectiva general

Pero, ¿está cambiando algo?

¿Acaso estamos viviendo un retroceso de la sociedad, un retrógrado conservadurismo en torno a las viejas tradiciones y a un rígido y dogmático derecho canónico con los consiguientes riesgos de implosión, división o reforma del consenso sobre la base del Tercer Concilio Vaticano? ¿Leen tal vez los responsables las señales de los tiempos y sacan las conclusiones correctas? Si se hubiera hecho esto a finales del S.XV y se hubieran iniciado las reformas tardías a fin de eliminar los obvios defectos, no sólo se habría ahorrado la iglesia una dolorosa división, sino además mucho dolor y sufrimiento para la humanidad.

Algo se está cocinando

¿Acaso no estamos viviendo también en la iglesia alemana una atmósfera prerreformista? Puntos de discrepancia, poderosos instrumentos de comunicación, católicos encolerizados y defraudados, que pasan de estar enrabiados a encorajinados cada vez con más frecuencia, y que desean cambiar algo. De todo ello hay en abundancia. La base de estos movimientos son laicos y clérigos seguros de sí mismos. Vemos cada vez más cardenales y obispos conscientes de los problemas (ilustración 12), y disponemos del potencial de los nuevos medios. Lo que quizá aún nos falte es alguien que prenda la chispa inicial, una persona carismática como un Francisco de Asís o un Martín Lutero. Pero tal vez ello no sea necesario si el Espíritu Santo nos vuelve a enviar inesperadamente a un gentil revolucionario para que ocupe el trono de Pedro como fue Juan XXIII. Y aquel que, confiando plenamente en el Espíritu Santo, convoque el Tercer Concilio Vaticano para hacer sostenible la iglesia visible del S.XXI.

Apéndice

- Índice del libro
- Extractos del prólogo del Cardenal Karl Lehmann
- Vida del autor

ÍNDICE DE CONTENIDOS

Prólogo del Cardenal Karl Lehmann

I. El fin de la iglesia del pueblo

- El fin de la iglesia del pueblo
- El “tsunami de los abusos sexuales”
- El fin de un exitoso “modelo de negocio”

II. La iglesia en crisis

1. La crisis de la fe

- Un modelo de transmisión de la fe acreditado pero ya agotado
- La fe ya no está “de moda”

2. La crisis de confianza

- La credibilidad es una cuestión de supervivencia
- Alarmante desconfianza en la institución eclesiástica
- Motivos de la crisis de confianza
- ¿Avanzar siempre con un buen ejemplo?
- Todo es cuestión de “dinero”
- La gestión de la sexualidad
- En el camino hacia una nueva confianza

3. La crisis de autoridad

- La iglesia es la más afectada
- Pérdida de autoridad extendida
- Un análisis de la población
- El poder de la argumentación, en lugar del argumento del poder

4. La crisis de dirección

- El elemento crítico: el obispo
- Principios de gestión y dirección destinados al éxito
- El obispo y “su” sacerdote
- El personal terrenal: el sacerdote
- Clericalismo reciente

5. Crisis de estructuras

- La pastoral de la fusión
- La estructura de la iglesia en Alemania
- Principios organizativos anticuados
- “Crisis de construcción”
- Las finanzas eclesiásticas siguen siendo abundantes

6. La crisis de gestión

- Número de militantes y asistencia a servicios religiosos decreciente
- Vínculos con la iglesia
- Evolución de los militantes y salida de la iglesia
- El número de católicos se estima que se reduzca a menos de 20 millones

¿Qué futuro le espera a la iglesia?

III. Es conveniente dejar de negar la realidad y de autoengañarse y tener más conciencia de la crisis y predisposición para el cambio

“Crisis, ¿qué crisis?”

La huida es una opción demasiado cómoda

Tentaciones de automarginación y autosecularización

IV. La iglesia no tenía más remedio que evolucionar

La religiosidad: una *condición humana*

La crisis de la sociedad del bienestar

Podemos construir sobre nuestros puntos fuertes

V. Caminos para salir de la crisis

La tradición es un proceso que se desarrolla dinámicamente

1. Desarrollar una nueva autocomprensión

Darle la vuelta a la jerarquía

Actuar según los Evangelios

Ser católicos, no romanos

Ser más humanos

2. Superar el mutismo

Contemplar a los medios como amigos, no como enemigos

Hablar el lenguaje de los hombres

Usar las nuevas tecnologías

3. Una nueva cultura para la convivencia: el diálogo

Abogar por la discusión reflexiva

Cómo se puede lograr el diálogo

La crítica constructiva es necesaria

4. Recordar a los creyentes sus obligaciones

La confesión apostólica de los fieles laicos

El compromiso de voluntariado de los fieles laicos

Participación voluntaria

La mujer en la iglesia

Los jóvenes en la iglesia

La cuestión del futuro

5. Más coraje para innovar y para emprender nuevos caminos

¿Qué frena o impide la innovación?

Mística y personas apasionadas

Las personas distantes de la iglesia como grupo meta principal

Dirigirse a los hombres actuales

Oportunidades para lograr mayores espacios pastorales

Desarrollar el mapa del catolicismo

>>Imposible guardar silencio<< (Apg 4,20)

Aprender la desobediencia leal

VI. Perspectiva general

Prólogo (abreviado)

El Dr. Thomas von Mitschke-Collande, en su calidad de director de McKinsey ha asesorado a la Secretaría de la Conferencia de Obispos de Alemania así como a numerosas diócesis del país, entre ellas el obispado de Maguncia.

.....

En su libro concentrado hallamos en primer lugar densos resúmenes de análisis y resultados de encuestas, si bien el autor, dada su experiencia profesional, evita aceptar totalmente tal panorama fáctico general. Es capaz de diferenciar perfectamente buscando y observando también las sumas de las cifras de un número derivados de tales experiencias. No nos debemos dejar engañar: no todo lo que el autor describe es lo que opina.

.....

Pero precisamente al profundizar en algunos conocimientos, que a algunos puedan causar fastidio, es cuando identificamos obviamente una estrategia comprensible, pues estos conocimientos, justo cuando a alguien menos les gusten o más le duelan, se tapan o ignoran rápidamente. Por esta razón, el autor incorpora de vez en cuando fotografías en blanco y negro a fin de poner de relieve alternativas verdaderamente selectivas. Esto se aplica por ejemplo a la mentalidad de aislarse del mundo exterior frente a los que abogan por una iglesia misionera como opción básica del camino futuro.

Sin embargo, no nos debemos dejar engañar por el lenguaje y la perspectiva del asesor empresarial. Thomas von Mitschke-Collande conoce el sector eclesiástico no sólo por sus contactos profesionales sino que más bien su imagen de la iglesia viene conformada por su visión plural: vive con su familia en una comunidad y trabaja para ella. No se trata del discurso de un experto sino de alguien que realmente procede de una base de cooperación diaria. Por ello, el autor descubre rápidamente las falsas soluciones que no permiten avanzar. Al describir las crisis, se lamenta y enseguida busca caminos de salida factibles, poniendo así el dedo en las heridas de la iglesia actual: el fuerte retroceso en el número de los asiduos a los servicios religiosos, la reducción a la mitad de los bautizos y bodas, la pérdida de confianza en la iglesia por los grandes escándalos de abusos largamente encubiertos, la desorientación en la gestión de la sexualidad, la escasa sensibilidad en las cuestiones relativas a la situación de la mujer en la iglesia o la incapacidad para abordar los fracasos y dramas vitales humanas. El autor conoce las tentaciones de evitar dichas ofensas, como negar la realidad, la autocompasión y el autoengaño, que pueden convertirse en auténticas enfermedades crónicas, si no las combatimos. Muchas propuestas que formula el autor como asesor empresarial refuerzan algunos consejos ya discutidos en la actual situación. Esto se aplica por ejemplo a una nueva cultura de cooperación entre la feligresía y el clero oficial. El lector, que sea también teólogo, deberá tener coraje y paciencia para constatar crudamente algunas experiencias y no deberá recurrir precipitadamente a argumentos irrefutables. Y deberá además soportar algunas propuestas perturbadoras en toda la extensión de la palabra. Quien vaya por este camino obtendrá nuevos conocimientos de esta obra. Algunos pasajes crearán necesariamente polémica, pero el autor desea comprender profunda y detenidamente la situación de la iglesia. Quien vaya por este camino adquirirá conocimientos de esta obra, aun cuando algunos resultados generen oposición. El libro no ahorra frases impactantes como las que empiezan con el título “¿Está desintegrándose la iglesia católica?” y también en el resumen aparecen expectativas de alta exigencia: “La iglesia no tiene más remedio que evolucionar”. En cualquier caso, la obra nos puede ayudar a comprender un poco más la situación actual de la iglesia, evitando dejarse llevar por modas en una u otra dirección, y a buscar y encontrar una orientación inequívoca que nos lleve por el buen camino.

.....

Por ello, recomiendo a muchos atentos lectores que lean este evocativo libro.

Maguncia, junio de 2012

Cardenal Karl Lehmann

Vida del autor

Dr. Thomas von Mitschke-Collande, nacido en 1950, es director emérito de la empresa de asesoramiento McKinsey en Múnich y vive en Tutzing. En los últimos años, este católico comprometido ha asesorado a distintos obispados así como a la Conferencia de Obispos alemanes. Posee una visión profunda de la iglesia católica así como una amplia red de trabajo eclesiástico, político y social.

Es miembro del Consejo Directivo de la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt y miembro electo del Comité Central Católico de Alemania.

Esta encuesta muestra la dimensión de la pérdida de sustancia de fe

En porcentaje de católicos

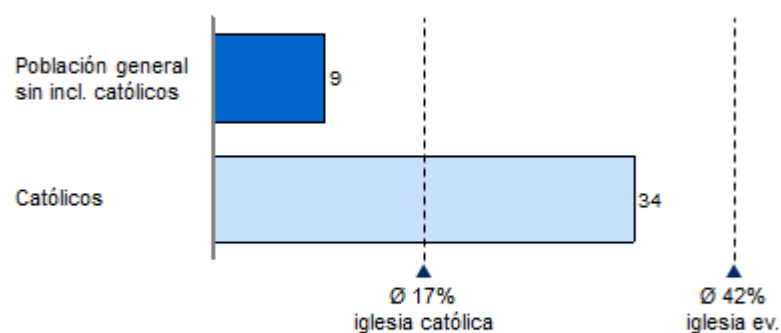
Creen en	Total	Grupos de edad en años	
		16 - 29	≥ 60
▪ Dios	83	68	94
▪ En que Dios ha creado el mundo	55	39	68
▪ En la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo	54	44	65
▪ En la vida después de la muerte	52	46	60
▪ En la resurrección de los muertos, tal como Cristo resucitó	36	29	44

Fuente: Archivo Allensbach, Encuesta ID 7032, octubre 2002, comp. también Spiegel 2007

1

Dramática pérdida de confianza sobre todo en la población no católica

Confianza en la iglesia católica



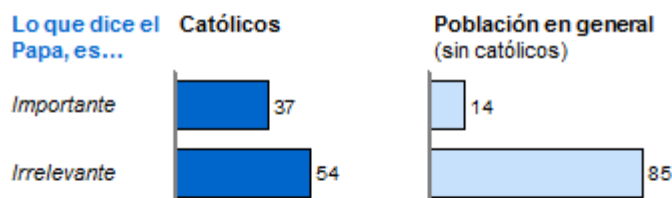
Fuente: Forsa marzo 2011

2

Para más de la mitad de los católicos la opinión del magisterio superior de la iglesia no es relevante

Autoridad del Papa (antes de la visita a Alemania de 2011)

En porcentajes



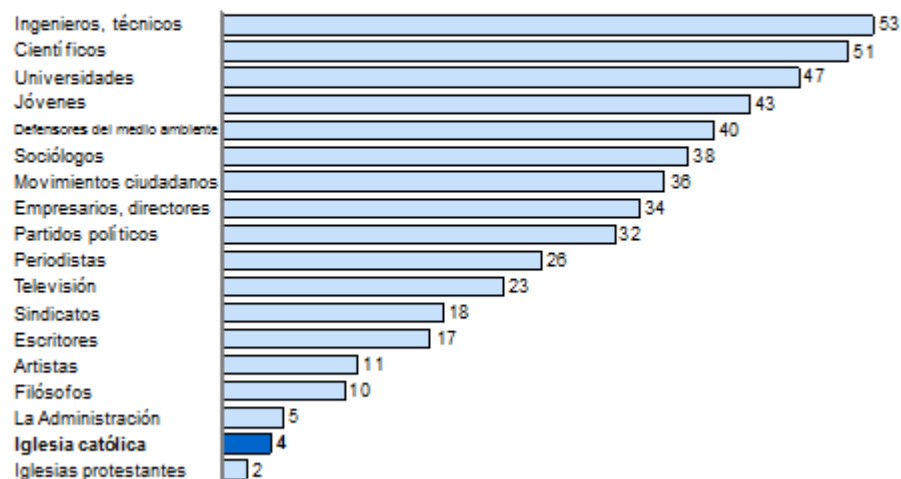
Fuente: Encuesta Bertelsmann Stiftung, agosto de 2011

3

La iglesia ha dejado de ser percibida como fuerza creadora de la sociedad

¿De dónde proceden hoy en día los principales impulsos para conformar nuestro futuro? ¿Quién tiene las mejores ideas y propuestas?

En porcentaje de participantes



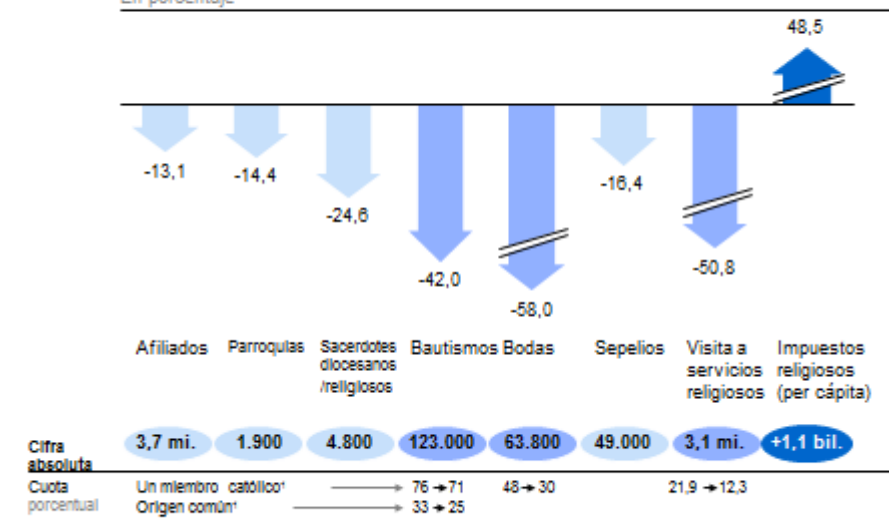
Fuente: Archivo Allensbacher, Encuesta IFD N° 10071

4

Dramática tendencia decreciente en casi todos los indicadores esenciales

Cambios 1990 - 2011

En porcentaje



1 2010

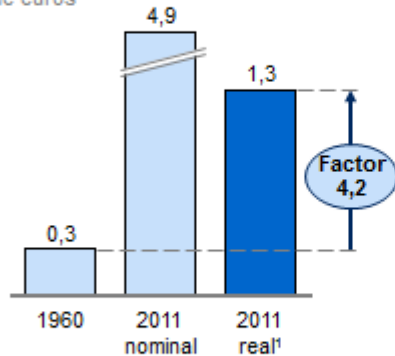
Fuente: Conferencia de Obispos alemanes, 2012

5

A pesar del acuerdo de muchos años para disponer de unos recursos crecientes, el mensaje ha dejado de llegar al pueblo

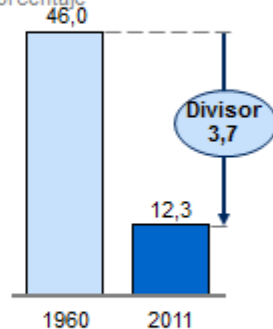
Impuesto eclesiástico católico (neto)

en billones de euros



Asistencia regular a servicios religiosos

En porcentaje



Empleados 0,2 mi.

1,3 mi.

Capacidad de gestión decreciente de la iglesia²

1 en precios de 1960

2 Zollitsch, 20.2.2011 en WamS

Fuente: Oficina Federal de Estadística, Conferencia de Obispos alemanes

6

Diferente autognosis : renovación mental y espiritual desde el interior



Visión: una iglesia que aprende y sirve

"Según el Evangelio"

"Necesitamos menos a la institución de la iglesia y más a Jesucristo"

(Arzobispo Schick, Domingo de Palma 2010)

"Católica no romana"

"Humana" no "dogmática" y "clerical"

„El camino de la iglesia es el hombre"

(Juan Pablo II)

„Prefiero romper la ley de la iglesia que el corazón de un hombre"

(Párroco local)

7

Comunicación profesional



¡Superar el mutismo!

- **Hablar el idioma actual**
- Identificar conscientemente a **las capas de población medias y bajas** como grupo meta principal y dirigirse a ellas en su día a día
- No rehuir la **simplificación responsable**
- **Ser capaz de iniciar campañas sociales:** encontrar temas actuales, planear, ocupar, resistirse (por ej. luchar radicalmente contra el cambio climático o el despilfarro de recursos)
- Comprender las leyes **medioambientales e imbuirse de ellas**, considerar los medios como aliados y no como enemigos
- Trabajar en los medios ofreciendo una imagen uniforme y suprimiendo los déficits estructurales
- „Aprovechar las „nuevas tecnologías" de forma profesional y activa

Fuente: Arzobispo Winkler, 1997

8

Establecer una nueva cultura de cooperación



Discusión y controversia al mismo nivel dentro de la iglesia oficial así como con los fieles y la ciencia

- **Entender las disensiones no como un ataque**, sino como **acciones del Espíritu Santo** en pos de la verdad (cultura del diálogo y del debate constructivo), „primer concilio apostólico“
- **Ser integrador** y no excluyente, ser abierto y valiente, mostrar **respeto mutuo**, tener en cuenta las opiniones ajenas, **ser capaz de entablar diálogo**
- **Trato de igual a igual**: las opiniones de los fieles laicos tienen el mismo valor que las del obispo
- **Indagar las estructuras y procesos, en lugar de las verdades de la fe necesarias para la salvación** (depositum fidei),
- Obligación de „**oposición constructiva**“, aprender formas de obediencia leal

„Se precisa la justa oposición de hombres apasionados para que pueda echar a volar el espíritu“

Cardenal Martini, agosto 2012

9

Los creyentes deciden si la iglesia tiene futuro



- La iglesia es todo el pueblo de Dios (**Vat. II**)
- Recordar a los creyentes **sus obligaciones**, sobre todo a las élites
- **Ampliar el compromiso del voluntariado**
- **Reforzar la participación de las feligresía**
- Identificar el potencial de las mujeres **con los mismos derechos**
- **Centrar la mirada en los jóvenes**, transmitirles una oferta atractiva

„No preguntes lo que la iglesia puede hacer por tí sino qué has hecho tú por la iglesia“

10



- **Mística, espiritualidad**
- **Personas apasionadas, carismáticas**
- **Dirigirse a las personas, ser más cercanos**
- **Captar a los que se han apartado de la iglesia, como grupo meta principal**
- **Oportunidades de mayores espacios pastorales, pastorales con carisma y creativas**
- **Comunidad como red de biotopos de la fe (pequeñas células/grupos)**
- **Nuevas formas de proclamar el mensaje (radicalidad/provocación)**
- **Apertura del medio religioso**



11

¿Conservadurismo o renovación?

Última entrevista del cardenal Martini, agosto de 2012

- “Una iglesia cansada y rica, apartada de los hombres”
- „donde los hombres se atrevana abrazar lo nuevo como hizo Pablo”
- „El Papa y los obispos deben desandar lo andado... Y emprender un camino radical hacia el cambio ... por ej. en todos aquellos temas que afecten al cuerpo”
- „El Vaticano II entregó la Biblia en mano a los católicos ... con la que los católicos encuentran una autoconsciente comunión... El clero y el derecho eclesiástico no pueden sustituir a la espiritualidad”
- „Los sacramentos no son instrumentos para la disciplina .. sino ayudas para los más débiles de la vida”
- „La gestión de las familias reconstituidas determinará el futuro de nuestros hijos.”
- „Oferta autoconsciente de la iglesia en torno al conocimiento de que para Dios no hay nada imposible”
- „¿Por qué no nos movemos? ¿Tenemos miedo? ¿Miedo en lugar de coraje?”
- „Sólo el amor puede superar el cansancio de la iglesia” „Dios es amor”
- ”

FUENTE: Cristo y el mundo, 37/2012

12